

todos, con cierta finura que tiene un mayor porcentaje de rudeza, que no debe ser tal, salvándolo con las metáforas simples y las imágenes puras, que ha tomado, no como efecto especial, sino como concepción, diríamos, esencial para su obra.

Sobre Humberto Zarrilli, el poeta francés Jules Supervielle ha dicho:

«Vous connaissez l'art si difficile dans l'ineffable de choisir les mots, d'être un pur poète sans perdre contact avec l'homme».

FERNANDO PEZCA.

ALMA Y CUERPO DE CHILE, por *Luis Durand*. (Editorial Nascimento, 1947).

Nueve artículos, interesantes todos, forman este último libro del autor de «Mi amigo Pidén». A sus condiciones innegables de laborioso constante, une Durand, sin haber abandonado jamás esa posición que lo enaltece, un profundo cariño a todo lo nuestro. Copiar el índice es ya una prueba de lo que decimos: «Alma y cuerpo de Chile», «En torno al criollismo», «El país del patrón y del sirviente», «Aspectos de la literatura chilena en el siglo XIX», «El paisaje y el hombre», «La cañada y la cañadilla», «Elogio del terruño», «Las mujeres en las novelas de Blest Gana» y «Un niño de provincia llega a Santiago».

Entre esos artículos, el que se refiere al criollismo, nos parece interesante. Viejo tema de la crítica chilena, han apasionado a muchos, y no son pocos sus detractores decididos.

Durand toma, por supuesto, el bando de los defensores: pero los razonamientos que expone constituyen una franca condenación de casi toda la obra criollista chilena, especialmente

de lo que hasta hoy ha escrito Mariano Latorré, considerado por muchos como el maestro de esa escuela entre nosotros. Dice Durand: «En Rusia, especialmente, vemos patente el caso: Gorki, Chejov, Tolstoi, estudiando el carácter de su pueblo, el dolor del mujik, o de los trabajadores de las grandes ciudades, llegaron a lo universal, describiendo un medio que, al parecer, sólo tenía un interés regional».

Pero media un abismo entre analizar el carácter de un pueblo y el dolor de sus hombres y hacer la minuciosa descripción de la naturaleza, sin olvidarse de las hierbas y de los pájaros. La obra de esos escritores moscovitas, y de muchos otros, ha ganado jerarquía universal por el hondo dolor humano que muestran sus páginas. El personaje no se ahoga en el ambiente, como sucede en la obra de Latorre y de otros. La pintura exacta de una cacería, un rodeo o una trilla tiene importancia mezquina ante las amarguras del hombre humilde de los campos o de las ciudades. Las descripciones en aquellos escritores son apenas una decoración acertada, y no constituyen jamás el nervio, la espina dorsal de su obra.

Hay, pues, como decimos, entre los criollistas chilenos y los de otras literaturas, valoración bien diversa de los elementos con que se construye una obra literaria. Aquí se da importancia excesiva a lo externo, a lo que no emociona, a pesar de la maestría con que pueda expresársele, y se relega a segundo término lo que otorga trascendencia de universalidad a las novelas de Gorki, Chejov, Tolstoi, citados por Durand.

Copiamos a la letra, porque les damos gran importancia, otras palabras de Durand: «Se ha dicho que es este un arte subalterno, que las gentes de quienes se habla son seres primarios que no representan una calidad mental digna de llamar la atención a las personas cultas, por lo grosero de sus inquietudes y por la vulgaridad de sus aspiraciones».

Hay, es claro, personajes y personajes. En novelas rusas, conocidas por todos, hay analfabetos con mayor distinción es-

piritual que un marquesito español o un tiranuelo de América. Pensamos que la calidad de una novela no depende de la cultura ni del adiestramiento mental de sus personajes, sino de la fuerza narrativa de su autor, de su poder de creación. Porque si en toda obra literaria de esa índole hay observaciones directas de la realidad, entra también en gran parte la imaginación del novelista. Si no fuese así, el cuento y la novela no pasarían de ser copias fotográficas de ambientes y de hombres.

No se piense, por lo dicho, que nos colocamos junto a los detractores apasionados del criollismo. Pero creemos que el inventario zoológico y botánico de Chile no puede constituir una obra de arte puro.

La crítica oficial, seguramente, hará un análisis completo de este interesante libro de Durand. Nosotros hemos tomado su posición ante la escuela criollista, porque nos parece equivocada.—CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS.



«27 MUJERES EN MI VIDA», por *Carlos Préndez Saldías*

Parece que los poetas chilenos se han decidido a incursionar por los caminos de la prosa. Ahora tenemos el caso de Carlos Préndez Saldías, poeta ciento por ciento, que después de haber escrito trece magníficos libros de poesía, al llegar a su madurez intelectual y física se decide a entregarnos este hermoso libro que se titula «27 mujeres en mi vida».

Naturalmente, como el título lo indica, es preciso haber vivido algunos años y esperado la aparición de las canas para poder conquistar o ser conquistado por 27 mujeres. Pensamos que este libro tiene mucho de biográfico. En las primeras páginas, donde el decoro y la delicadeza del autor se lo permite, designa a su primer amor con su nombre propio, que es suficientemente conocido. La presentación la hace su hermana ma-